

El lápiz de Esculapio

Paliza

Manuel González Seoane*

Cualquier aficionado conoce el fundamento del sonido estéreo, pero nadie hasta ahora había sido capaz de relacionarlo con algunas enfermedades —digámoslo así— especialmente delicadas. Nosotros lo hemos conseguido...

Como es sabido, para escuchar música en estéreo adecuadamente debemos situar nuestra cabeza en un punto tal que forme un imaginario triángulo equilátero con los dos altavoces; es decir, debe hallarse un lugar en el cual, al recibir el sonido, el cerebro experimente la alucinación adecuada, que dará como resultado la percepción de que la música surge, principalmente, de un lugar imposible situado frente a nuestra nariz. El más ligero error de posicionamiento eliminaría el efecto perseguido, que no es otro que el engaño auditivo. Es así como funciona. Hay luego otros sonidos menores que sí localizamos en la dirección de la fuente original, pero no son los fundamentales.

Y, ahora, la pregunta: ¿Podría ser también la realidad un espejismo? Creemos que sí. Avancemos. Siguiendo el modelo explicado, ésta —la realidad— sería el fruto de una intersección entre dos proyecciones que originarían una ilusión. Puede aventurarse, por ir un poco más allá, que las informaciones que conforman nuestras vidas se alimentan así de dos procedencias equidistantes, llamémoslas *pasado* y *futuro*. ¿Se dan cuenta? Igual que la recepción del sonido en una posición inadecuada anula el efecto estéreo, una sobredosis de cualquiera de los dos componentes antedichos originaría una percepción de la realidad distorsionada. Se intuye todo un campo científico apenas estrenado. ¡Eureka! Saldremos de aquí algún día.

* Maestro, Vilagarcía de Arousa (Pontevedra, España). Dirección para correspondencia: dombodan@yahoo.es.